

COLABORACIÓN HUMANA Y TECNOLÓGICA: UN RETO PARA EL FEDERALISMO

Anna Estany

Catedrática emérita de filosofía de la ciencia

Departament de Filosofia (Universitat Autònoma de Barcelona)

Federar implica colaborar, pero en un mundo tecnologizado como el actual la colaboración no puede ser solo con otros humanos sino también entre éstos y la tecnología. El *Homo sapiens* está diseñado cognitivamente para este tipo de relaciones colaborativas, sin las cuales no es posible la supervivencia. Haciéndonos eco del dicho entre académicos de “publicar o perecer” (publish or perish) no cabe duda de que frente a la complejidad del mundo en todos los ámbitos hay que añadir “colaborar o morir” o, quizás menos radical, “colaborar para sobrevivir”. La razón es multifacética pero no nos deja otra salida. Desde la investigación científica hasta la política, pasando por la justicia social la colaboración entre los diversos agentes implicados resulta imprescindible para alcanzar los objetivos propuestos.

A la cooperación entre humanos hay que incorporar la tecnología, entendida en sentido amplio, que todos hemos incorporado en nuestras vidas en mayor o menor grado. Además, hay que incorporarla no solo a nivel individual sino social, por tanto, tiene que formar parte de la cultura federal. A partir de aquí la colaboración tiene que abarcar todos los niveles de una sociedad, desde los servicios y asociaciones, hasta las instituciones.

La cuestión es si hay fundamento racional para la colaboración, tanto entre individuos como entre éstos y artefactos tecnológicos. En estos momentos tenemos elementos suficientemente robustos para una perspectiva optimista de la posibilidad de cooperación. En este sentido, podemos destacar las siguientes aportaciones que son ya una realidad. Una es la idea de los filósofos cognitivos Andy Clark y David Chalmers sobre la “mente extendida”, al considerar que los implantes, marcapasos, córneas, etc. convierten al ser humano en una especie de “cyborg”, una simbiosis de carne y tecnología. Otra es la propuesta del antropólogo cognitivo Edwin Hutchins sobre la “cognición socialmente distribuida” que significa que el resultado de la acción de pensar depende de la interactuación entre varias personas entre sí y entre ellas y los artefactos tecnológicos a su alcance. Finalmente, la colaboración y cooperación nos lleva a contemplar la posibilidad del pensamiento a nivel de grupo, lo que algunos filósofos como David Sloan Wilson llaman “mente grupal”, un concepto controvertido desde el punto de vista tanto de la psicología como de la filosofía. En este punto tenemos otro punto de vista como es el de Robert A. Wilson quien aborda esta cuestión, señalando que es importante distinguir entre “la hipótesis de la mente grupal” y la “tesis de la manifestación social”. La primera considera que los grupos de organismos individuales poseen mentes en el mismo sentido que los organismos individuales la tienen, por ejemplo, las colonias de abejas. En cambio, la “tesis de la manifestación social”, tiene como idea central que los individuos tienen características y propiedades biológicas y psicológicas que sólo se manifiestan cuando forman parte de un grupo.

La conclusión es que a pesar de las dificultades y los costes que pueden reportar la colaboración y cooperación humano/tecnológica, los humanos tenemos las capacidades suficientes para afrontar el reto de la convivencia colaborativa, requisito indispensable para el avance de la cultura federal y lo que puede suponer de equidad y justicia social en el un marco de lealtad institucional.